

El síndrome de Estocolmo

Nicolás Miñambres

El título de esta colección de relatos resulta llamativo, pero no más que los de otros libros de Pereira: *El Ingeniero Balboa y otras historias civiles*, *Historias veniales de amor*, o *Los brazos de la i griega*, por citar algunos, sorprenden al lector por motivos parecidos y demuestran que nos hallamos ante un veterano narrador ... y autor de muchos libros de poesía.

El síndrome de Estocolmo, título del primer relato, es un anticipo literario de lo que el lector va a encontrarse en las siguientes narraciones: un cosmopolitismo en los escenarios, una visión muy humana de las situaciones y una suerte de fragmentarismo en los finales de los relatos, que los convierten en sugestivas posibilidades de interpretación. Nada sabemos de ese secuestro que el autor sufre en compañía de su mujer, pero sí sabemos que la dama guardará un recuerdo agradable de una aventura vivida por ambos: «... Luego le oí contar, un poco soñadora, que aquellos señores no se habían portado tan mal».

La impresión inmediata de la lectura es clara: Antonio Pereira es un cosmopolita y un poeta, aunque escriba en prosa. Lo primero le permite evitar en sus relatos resabios provincianos o tufillo de escritor de mesa camilla. Su condición de poeta le lleva a transformar en bellas muestras literarias de gran sencillez los sucesos más nimios. Por ello el libro bien podría ser considerado como una especie de *Lírico cuaderno de bitácora*, en el que el autor pergeña, con sorprendente economía literaria, sus impresiones ante la vida. Ciertamente es un error atribuir a la obra estructura autobiográfica, o pretender que cada uno de los personajes es un alter ego del autor; pero hay un fondo personal indiscutible, anticipado en esa breve cita de Cunqueiro alusiva a esos «cuatro o cinco hilos de verdad» que siempre toman parte en el tejido de la historia.

Los escenarios, sin renunciar a localismos afectivos, son frecuentemente internacionales. Puerto Rico, Rusia, Brasil, Argentina... se ofrecen como marco sugerido con pinceladas mínimas y siempre subordinados a las reacciones humanas. El planteamiento estilístico permite un distanciamiento narrativo en el que todo tipo de comportamientos inesperados tienen cabida, prendiendo de forma inmediata la

atención del lector, que los acepta como verosímiles sin esfuerzo alguno.

La vida está contemplada desde todas las perspectivas. Unas veces será desde los presupuestos infantiles, como ocurre en ese inquietante relato *Obdulia, un cuento cruel*, en el que el simbolismo de las camelias crea un extraño dramatismo. O el desconsuelo de una suerte de amor infantil, cargado de tristeza, como se contempla en *La hija del general*. En otros casos, la fortuita compañía en el viaje aéreo se convierte en el resorte proustiano que permite recobrar viejos amores no consumados que han dejado un amargo sabor en el corazón.

Dentro de esta temática llaman la atención una serie de relatos elaborados en torno al aspecto de la metaliteratura, de cierto sentido pirandelliano. Desde el humorístico e ingenioso *Palabras, palabras para una rusa* hasta el que cierra el libro *Truman Capote cuenta un cuento*, publicado con anterioridad en algún periódico. De entre este bloque tal vez el titulado *Si me lees te leo* resulta el más original, por la economía de medios con que está elaborado y por la originalidad de su final, en esa petición que el famoso escritor argentino (ciego, de ojos grises, que se apoya en un bastón y tiene una vastísima cultura inglesa...) le hace al narrador.

La breve extensión de la obra y de casi todos los relatos que la componen no debe crear confusiones ni llamar a engaño. No se trata de una obra menor. Ni debe echarse de menos esa fatigosa complejidad técnica de la que tanto alardean determinados autores de la modernidad. El libro de Antonio Pereira resulta excelente sobre todo por la facilidad con que el autor ha conseguido elaborar una gavilla de relatos literaturizando los más elementales sucesos del vivir diario. Bien puede Antonio Pereira recordar una de sus frases predilectas: «Lo que me gusta no es escribir. Es haber escrito».